

unidad de lugar está rigurosamente observada, la acción se desarrolla en el puente de un buque, y éste, ó sea el drama, vá desde el antiguo mundo al nuevo; su *Fredegunda*, sentida como un sueño de Crebillon y ejecutada como un pensamiento de Corneille; la *Atlantida*, respirando naturalidad, hasta el punto que puede ser interpretada según la ciencia y según la poesía, y para terminar, el último poema, el hombre presentado por Dios á los diablos en su *Panhy pocrisiade*, que es á la vez epopeya, comedia, sátira y quimera literaria, asemejándose á un monstruo de tres cabezas que canta, que rie y que ladra.

Después de hojear todos estos libros, luego de recorrer ascendiendo y descendiendo la doble escala construida por el mismo y tal vez para su exclusivo uso, con la que el pensador sondeó el infierno y penetró en el cielo, es imposible, señores, no sentirse atraídos por irresistibles simpatías hácia aquella noble y laboriosa inteligencia que, sin desanimarse, ha expuesto con valentía tantas ideas ante el soberbio gusto francés, tan difícil de contentar, con una filosofía á lo Voltaire y una poesía á lo Shakespeare; escritor que dedicaba epopeyas al Dante en la época en que reflorece Dorat bajo el nombre de Demoustier; espíritu de grandes vuelos y cuyas alas eran una la tragedia primitiva y otra la comedia revolucionaria, llegando con *Agamenon* al poeta de *Prometeo* y por *Pinto* al poeta de *Figaro*.

El derecho de crítica, señores, parece á primera vista derivarse naturalmente del derecho de la apología. La mirada del hombre, á pesar de no ser perfecta é infalible, es tal que busca el lado defectuoso de todas las cosas. Boileau no dejó de establecer excepciones, alabando á Molière; si esto le honra lo ignoro, pero es cierto.

Hace doscientos treinta años que el astrónomo Juan Fabricio descubrió las manchas del sol y dos mil doscientos que el gramático Zoilo las encontró en Homero.

Parece, por lo tanto, que podré aquí, sin ofender vuestra costumbre ni faltar á ninguna clase de respetos, mezclar algunos reproches con las alabanzas y tomar algunas precauciones conservadoras por interés del arte; pero no lo haré, y vosotros mismos, si reflexionais, comprenderéis que si por casualidad, yo, que no puedo menos que ser fiel á mis convicciones proclamadas durante mi vida,

entrarse en tal terreno al tratar de Lemercier, tendría tal vez que ocuparme del asunto más delicado y supremo, de aquella restricción que creo abre ó cierra las puertas del porvenir á los escritores, en una palabra, del estilo; empresa que no he pensado acometer, creyendo que comprenderéis mi reserva y aprobaréis mi silencio. Además, y como dije al principio y ahora repito, quién soy yo? ¿Quién me ha reconocido autoridad suficiente para resolver cuestión tan grave y compleja? ¿Por qué lo que para mí es certeza ha de ser autoridad para otro?

La posteridad solamente tiene el derecho de criticar y juzgar definitivamente á los talentos superiores. Ella sola, que vé las obras en conjunto con sus proporciones y con su verdadera perspectiva, puede indicar los errores, determinando dónde se cometieron.

Para desempeñar aquí ante vosotros el augusto papel de posteridad, sería preciso ser, ó al menos creerse, una eminencia contemporánea, y yo ni tengo la suerte de poseer aquel privilegio, ni la desgracia de abrigar esta pretensión.

Además, confesémoslo, cuando se habla de Lemercier, cualquiera que sea su mérito literario, hay que decir que su carácter era quizás más completo que su talento.

Desde el día en que creyó luchar contra lo que consideraba que era la injusticia constituida en gobierno, inmoló en esa lucha su fortuna, que adquirió durante la revolución, y perdió con el imperio su tiempo, su reposo, la seguridad exterior, que es el centinela avanzado de la felicidad doméstica, y, cosa admirable, inmoló hasta el éxito de sus obras.

Jamás poeta alguno hizo combatir sus comedias y tragedias con más heróica bravura; enviaba sus producciones á la censura como un general envía sus soldados al ataque. Un drama suprimido era inmediatamente reemplazado por otro, que corría la misma suerte.

Yo he tenido, señores, la triste curiosidad de buscar y avalorar los perjuicios que irrogaron á Lemercier aquellas luchas. Quereis saber el resultado? Sin contar *Le lévite d' Ephraim*, prohibido por el Comité de la salud pública como peligroso para la filosofía; *Le Tartuffe révolutionnaire*, proscrito por la Convención como contrario á la República; *Le demence du Charles VI*, desechado por la Restauración por hostil á la dignidad real; sin citar al *Corrupteur*, silbado en 1823, se-

gun se dice por los guardias de Corps; sin contar las censuras imperiales, ved lo que encontré. *Pinto*, representado veinte veces y después prohibido; *Plauto*, prohibido después de la séptima representación; *Cristóbal Colon*, representado once veces ante bayonetas y luego prohibido; *Carlo-Magno*, prohibido, lo mismo que *Camilo*.

En esta lucha, honrosa para el poeta y desdichada para el gobierno, Lemercier tuvo, en el transcurso de diez años, cinco dramas grandiosos que le mató el poder.

Defendió durante algun tiempo sus derechos y pensamientos por medio de reclamaciones enérgicas, que dirigía directamente á Bonaparte. Un día, en el calor de una discusión delicada y algo ofensiva, el emperador, interrumpiéndose, dijo bruscamente:—“*Qué teneis? Estais rojo.*”—“*Y vos estais pálido*,” contestó con fiereza Lemercier; *así nos quedamos siempre cuando algo nos irrita; vos palideceis y yo enrojezco.*”

Pronto dejó en absoluto de visitar al emperador voluntariamente; así es que un día, en Enero de 1812, en la época álgida de las prosperidades de Napoleón y algunas semanas después de la supresión arbitraria de *Camilo*, y cuando desesperaba de conseguir la representación de sus obras interin durase el imperio, vióse precisado, como miembro del Instituto, á presentarse en las Tullerías. Al verle Napoleón, corrió á él y dijo:—“*Señor Lemercier, ¿cuándo nos dareis una bella tragedia?*” Lemercier miró al emperador fijamente y contestó:—“*Pronto; lo espero así.*” ¡Frase terrible; palabras de profeta más que de poeta; sentencia que, pronunciada á principios de 1812, abarcaba *Moscow*, *Waterlód* y *Santa Elena*!

Pero las simpatías por Bonaparte no se amortiguaron en el corazón sufrido y grave de Lemercier, y la edad, en vez de apagar las chispas de aquella amistad, las aumentó, dándolas calor y luz.

El pasado año, casi por estos días, en una hermosa mañana de Mayo, extendióse por París la noticia de que Inglaterra, arrepentida de su conducta en Santa Elena, entregaba á Francia el féretro de Napoleón. Lemercier, enfermo y postrado en cama, pidió un periódico, y al leer que una fragata se aprestaba á zarpar en dirección á Santa Elena con aquel objeto y que el general Bertrand iría á buscar al emperador su señor, se incorporó pálido y tembloroso, diciendo:

“*Y yo iré á buscar á mi amigo el primer cónsul.*”

Ocho días después partió... “*Ay de mí!* me decía su respetable viuda contándome dolorosos detalles, *no ha ido á buscarle; ha hecho más, se ha reunido con él.*”

Hemos recorrido á grandes rasgos una noble existencia; fijémonos ahora en las enseñanzas que encierra.

Lemercier es uno de esos hombres raros que obligan al pensamiento y exigen á la inteligencia á la solución de este bello y grave problema: ¿Cuál debe ser la actitud de la literatura ante la sociedad según las épocas, según los pueblos y según las fórmulas de gobierno?

Hoy, el viejo trono de Luis XIV, el gobierno de las Asambleas, el despotismo de la gloria, la monarquía absoluta, la república tiránica, la dictadura militar, todo esto ya se ha desvanecido.

A medida que nosotros, nuevas generaciones, avanzamos de año en año hácia lo desconocido, los tres grandes hechos que Lemercier encontró en su camino, amándolos primero y combatiéndolos después, yacen inmóviles y además muertos, hundiéndose poco á poco en las espesas brumas del pasado. Los reyes de la rama antigua no son más que sombras, la Convención solo es un recuerdo y Napoleón es una tumba.

Solo han sobrevivido las ideas que encerraban. La muerte y los hundimientos solo sirven para desentrañar el valor intrínseco y esencial de las cosas que constituyen su alma.

Dios coloca algunas veces ideas dentro de ciertos hechos y en algunos hombres, á la manera de perfumes encerrados en frascos, que cuando se rompen se difunden por el espacio.

Señores, la raza primogénita contenía la tradición histórica, la Convención contenía la expansión revolucionaria y Napoleón contenía la unidad nacional. De la tradición nació la estabilidad, de la expansión la libertad y de la unidad el poder. Luego la tradición, la unidad y la expansión, ó de otro modo, la estabilidad, el poder y la libertad, constituyen la civilización, formando todo su árbol raíz, tronco y hojas.

La tradición, señores, interesa mucho á nuestro país, porque Francia no es una colonia violentamente convertida en nación; Francia no es América, forma parte de Europa, y romper con su pasado sería lo mismo que renunciar al suelo que pisamos. Así es que nuestra revolución, tan grave, fuerte é inteligente, tuvo ad-

mirable instinto al comprender que las familias coronadas eran á propósito para las naciones soberanas, y que en ciertas épocas, en razas reales era conveniente sustituir el derecho hereditario de príncipe á príncipe, la sucesion de rama en rama; por esto obró con gran tacto al elegir por jefe constitucional al antiguo teniente de Dumouriez y de Kellermann, que era nieto de Enrique IV y sobrino de Luis XIV, transformando así en dinastía jónven una antigua familia monárquica y popular á la vez, llena de pasado por su historia y de esperanzas por su union.

Mas si la tradicion histórica interesa á Francia, no menos la interesa la expansion de la libertad, el desenvolvimiento de las ideas, que es su movimiento propio; existe por la tradicion y vive por la libertad.

¡No quiera Dios, señores, que al recordaros la preponderancia y poderío de la Francia de hace treinta años, tenga ni por un momento la intencion impía de rebajar, humillar ó desalentar, por comparacion de un pretendido contraste, á la Francia de nuestros dias! Lo podemos decir con serenidad, sin que sea necesario levantar la voz para proclamar lo que es tan claro y evidente; Francia es hoy tan grande como siempre.

A los cincuenta años de empezar su propia transformacion ha comenzado á rejuvenecer todas las viejas sociedades, pareciendo que dicho tiempo lo ha invertido por mitad imponiendo sus armas á la Europa é imponiéndola sus ideas.

Por medio de la prensa, Francia gobierna á los pueblos, y por medio de libros reina sobre las inteligencias; si no tiene conquistas, esto es, si no domina por la guerra, tiene la iniciativa y domina por medio de la paz; dicta la orden del dia al pensamiento universal; todo cuanto propone se discute al momento por la humanidad; sus opiniones constituyen leyes; su espíritu se infiltra insensiblemente en los gobiernos y los informa; en ella tienen origen todas las palpitations generosas de unos pueblos para otros, todos los cambios y transformaciones insensibles del mal en bien que realizan los hombres, ahorrando á los Estados acontecimientos violentos; y las naciones previsoras y que tienen ideas del porvenir procuran que su sangre, ya caduca, participe de la fiebre útil de las ideas francesas, no como una enfermedad, sino, permitidme la expresion, como

vacuna que inocule el progreso y que preserve de las revoluciones.

Es posible que los límites materiales de Francia se hallen prefijados, restringidos en el mapa-mundi eterno, sobre el cual Dios señaló los continentes, los rios, las montañas y los mares; pero no en ese mapa efímero, emborronado de mil colores, del que la victoria ó la diplomacia cambian los límites cada veinte años. Mas no importa; en un tiempo determinado, el porvenir eucuzará los acontecimientos por los derroteros prefijados por Dios. La forma de la Francia es fatal, y además, si las reacciones, los congresos ó las coaliciones han fundado una Francia, los poetas y escritores han constituido otra; la primera con sus fronteras visibles, señaladas, y la segunda con sus dilatadas é invisibles fronteras, que llegan hasta donde el género humano deja de hablar nuestro idioma, es decir, hasta los límites del mundo civilizado.

Señores, diré pocas palabras más para concluir, confiando en que me presteis algunos instantes más vuestra benévola atencion.

Como habeis visto, no soy de los que pierden las esperanzas: perdonadme esta debilidad, que produce la admiracion que tributo á mi pátria y el cariño que me inspira nuestra época.

Tanto creo en la decadencia gradual de Francia, como en la disminucion progresiva de la raza humana. Paréceme que esto no es posible en los designios del Señor, que sucesivamente creó á Roma para el hombre antiguo y á Paris para el hombre moderno.

El derecho eterno, visible, aparece en todas las cosas, mejorando continuamente el universo con el ejemplo de las naciones elegidas y á las naciones elegidas con el trabajo de las inteligencias privilegiadas. Sí, señores, á despecho del espíritu de diatriba y de denigracion, que es un ciego que mira, creo en la humanidad y tengo fé en mi siglo, y á despecho del espíritu de la duda y del exámen, que es un sordo que escucha, creo en Dios y tengo fé en su Providencia.

Nada ha degenerado en nosotros; Francia sostiene siempre el foco luminoso de las naciones.

Esta época es grande por la ciencia, por la industria, por la elocuencia, por la poesia y por el arte.

Los hombres de las nuevas generaciones han continuado religiosa y valientemente la obra de sus padres.

Despues de la muerte del gran Goethe,

el pensamiento aleman se eclipsó, y á la muerte de Byron y Walter Scott, la poesia inglesa quedó casi sin vida; así es que hoy, en el universo, solo existe una literatura viva, potente, grandiosa; la literatura francesa. Solo se leen libros franceses desde Petersburgo á Cádiz y desde Calcuta hasta New-York. Sobre la superficie de los tres continentes, donde una idea nace, la ha sembrado un libro francés. ¡Honor á las nuevas generaciones!

¡Los valerosos escritores, los nobles poetas y los eminentes maestros que se hallan entre vosotros, contemplan con amor y alegría celebridades renombradas surgir por todas partes en el campo eterno del pensamiento! Deseo que concurren todos á este recinto, y como os lo dijo hace once años al tomar asiento entre vosotros mi ilustre amigo Lamartine, *¡no debeis dejar ninguno á la puerta!*

Pero que esos jóvenes célebres, esos talentos privilegiados, continuadores de la tradicion literaria francesa, no olviden que á tiempos nuevos, deberes nuevos. Ya no hay monarquía que defender del cadalso como en el 93, ni hay que salvar la libertad de la mordaza como en 1810; solo hay que propagar la civilizacion; no es necesario dar la cabeza como Andrés Chenier, ni sacrificar sus obras como Lemercier; basta con consagrar el pensamiento á la lucha.

Hay que dedicar el pensamiento (permitidme que repita solemnemente lo que siempre dije, lo que en todas partes he escrito con todas mis fuerzas, y lo que siempre fué mi norma, mi ley, mi principio y mi objeto), hay que dedicar el pensamiento al desenvolvimiento de la sociabilidad humana; despreciar al populacho y amar al pueblo; respetar en los partidos todas las infinitas manifestaciones en los que tienen derecho á tomar la iniciativa múltiple y fecunda de la libertad; economizar en el poder por todos los medios el punto de apoyo, divino segun unos, humano segun otros, misterioso y saludable segun todos, sin el cual toda la sociedad vacila; armonizar de tiempo en tiempo las leyes humanas con la ley cristiana y la penalidad con los evangelios; apoyar á la prensa y al libro siempre que trabajen en el buen sentido de su siglo; propagar con largueza su apoyo y simpatías entre las generaciones envueltas aun en la sombra y que languidecen faltas de aire y de espacio; inculcar al público, por medio del teatro, entre risas y lloros, en las lecciones de

historia y en las fantasías de la imaginacion, esa emocion tierna y punzante que se resuelve en el alma del espectador, en piedad respecto á la mujer y en veneracion respecto al anciano; hacer penetrar la naturaleza en el arte como savia misma de Dios; en una palabra, civilizar á los hombres por el tranquilo reinado del pensamiento sobre las inteligencias; esta es, hoy dia, señores, la mision, el destino y la gloria del poeta.

Esto que digo del poeta y del escritor aislados, si me atreviese lo diria tambien de vosotros. Vosotros ejerceis sobre los corazones y sobre las almas influencia inmensa. Sois uno de los principales centros de ese poder espiritual que atacó Lutero y que, despues de tres siglos, ha dejado de pertenecer exclusivamente á la Iglesia. En la civilizacion actual dos dominaciones derivanse de vosotros; el dominio intelectual y el dominio moral, porque los premios y coronas no se conceden únicamente al talento, sino tambien á la virtud.

La Academia francesa está en continua comunión con las inteligencias especulativas por medio de sus filósofos; con las imaginaciones prácticas por medio de sus historiadores; con la juventud, con los pensadores y con las mujeres por medio de sus poetas, y con el pueblo por medio del idioma, que conserva, comprueba y rectifica.

Estais colocados entre las grandes instituciones del Estado y á su nivel, para complementar su accion y reinar en todas las esferas sociales, haciendo penetrar el pensamiento, ese principio sutil y por decirlo así respirable, donde no puede llegar la ley ni el código, que es un texto rígido y material.

Otros poderes legislan y gobiernan la vida exterior de la nacion; vosotros gobernais la vida interior. Ellos forman las leyes y vosotros las costumbres.

Entre tanto, señores, no traspasemos los límites de lo posible. Ni en las cuestiones religiosas, ni en las sociales, ni aun en las políticas, se ha dicho la última palabra. El espejo de la verdad se rompió entre las sociedades modernas. Cada partido recogió un pedazo. El hombre estudioso procura reunir estos fragmentos, que afectan formas extrañas y están llenos unos de lodo y otros de sangre. Reunirlos y ajustarlos aunque dejen algun hueco, pero adivinando la verdad, es obra de los sábios; pero soldarlos y darles la unidad, solo es obra de Dios.

Nadie ha reunido tantas condiciones de sábio como el noble Malesherbes, que fué un gran literato, gran magistrado, gran ministro y gran ciudadano. Sufrid, señores, el que yo pronuncie con veneración este nombre, al que rindo adoración inextinguible.

Malesherbes tuvo la desgracia de venir demasiado pronto. Era más el hombre que termina ó cierra las revoluciones que el que las medita y prepara.

La absorción insensible de las conmociones del porvenir por los progresos del presente, suavizar las costumbres, educar las masas en las escuelas, en los talleres y en las bibliotecas; mejorar gradualmente al hombre por medio de la ley y de la enseñanza, debe ser el objeto formal que se propongan los buenos gobiernos y los verdaderos pensadores, y esa fué la norma que siguió Malesherbes durante el corto tiempo que fué ministro.

Desde 1776, adivinando la tormenta que diez y siete años más tarde lo arrasó todo, se apresuró á amarrar la monarquía y á asegurarla en puerto sólido, y hubiese salvado al rey y al Estado si el cable no se hubiera roto. Pero si Malesherbes (cuyo ejemplo es digno de imitación) desapareció también, su recuerdo al menos permanece indestructible en la memoria borrascosa de este pueblo revolucionario, que se olvida de todo, como permanece en el fondo del Océano, medio hundida en las arenas, la vieja ancla de hierro del buque que la tempestad hizo desaparecer.

## CONTESTACION DE VÍCTOR HUGO,

director de la Academia francesa,

AL DISCURSO DE MR. SAINT-MARC GIRARDIN.

16 Enero 1845.

Señor:

Vuestro pensamiento se anticipó al mío: en el momento en que elevo la voz en este sitio para contestaros, no puedo dominar la profunda y dolorosa emoción que siento. Comprenderéis perfectamente que no me dirija en primer lugar á vos ni al compañero honorable y llorado á quien sucedéis. En este instante en que hablo en nombre de la Academia,

¿cómo es posible que vea un sitio vacío entre nosotros, sin pensar en el hombre eminente y extraordinario que debía ocuparlo, en el íntegro servidor de la patria y de las letras, que agotó el exceso del trabajo, que ayer luchaba con muchos odios y hoy le rodean respetuosas y generales simpatías, que solo cometen el error de declararse en favor de los hombres ilustres en la hora suprema de la desgracia? Permitid, pues, hable de él un momento. Estimado de todos, el que era en esta Academia el maestro de la crítica moderna, escritor elevado, elocuente, gracioso y severo, de inteligencia regida por firme y recta razón, afectuoso compañero, amigo fiel y seguro, era imposible que su ausencia no enristriese dolorosamente mi corazón. Esta ausencia, á no dudar, terminará y nuestro compañero tornará á serlo. Confíemos en Dios, que tiene en su mano nuestras inteligencias y destinos y que no crea semejantes hombres para que dejen sus obras incompletas.

Excelente y adorable hombre, pasaba su vida entre los altos negocios y áridos problemas y los cuidados más tiernos y delicados, con una alma tan grande como su talento. Su elogio puede hacerse con una sola palabra. El día que fué preciso se encontró en este gran literato, en este hombre público, en este orador, en este ministro una madre.

En medio de las penas que me acosan, conozco más que nunca mi insuficiencia. Si él me reemplazase, encontraría el auditorio ilustre y respetable que me rodea su palabra fácil, de exquisito gusto, su elevación de lenguaje y su autoridad para juzgar vuestros méritos y rendir homenaje al talento de M. Campenon.

Campenon, en efecto, tenía una de esas naturalezas de espíritu que exigen el golpe de vista del crítico práctico y delicado.

Este trabajo de análisis inteligente me lo habeis facilitado haciéndolo vos mismo, y despues de vuestro excelente discurso poco tendré que decir acerca del autor de *El Hijo pródigo* y *La Casa de campo*. Estudiar á Campenon como yo lo hago es amarle, y explicarlo como vos lo habeis hecho es hacerle amar.

Para leerle es preciso conocerle. En él, como en todas las naturalezas francas y expansivas, el escritor nace del filósofo, el poeta del hombre, simplemente, sin desviación y sin esfuerzo. De su carácter podemos deducir su poesía y de su vida sus poemas. Sus obras son el reflejo de

su alma. Era amable, sencillo, tranquilo, de amena palabra, de físico agradable, indulgente con todos y resignado en las contrariedades. Amante de la familia, de la casa, del hogar doméstico y del trato paternal. Gustábale el retiro, los libros y la tranquilidad como al poeta, y la intimidad como á un sábio. Amaba el campo, pero con un amor desinteresado; amaba el campo por él mismo, no por las flores ni por el verdor que en él encontraba; amábalo más como hombre que como académico, más como Laffontaine que como Delille. Nada había superior á su espíritu, á no ser las excelencias de su corazón. Rendía culto á la admiración, para lo que buscaba con placer las grandes amistades literarias. El cielo no le concedió el esplendor del génio, pero le dió en cambio una condición que siempre le acompaña: la dignidad del alma.

Campenon se encontraba sin envidia ante las grandes inteligencias, y miraba sin ambición los grandes destinos. Era, cosa admirable y rara, uno de esos hombres de segunda fila que aman á los de la primera. Lo repito: su carácter, una vez conocido, nos daba á entender su talento, porque poseía el noble privilegio de revelarse á sí mismo, que parece solo pertenecer al génio.

Cada una de sus obras es como una producción necesaria, en la cual se encuentra la existencia de algun afecto de su corazón.

El cariño que profesaba á la familia engendró el dulce y delicioso poema de *El Hijo pródigo*. Su afición á la naturaleza le hace crear *La Casa de campo*, que es un gracioso idilio. Su culto á los espíritus eminentes determina sus estudios sobre Ducis, libro curioso é interesante en tanto grado, no solo por todo lo que hace ver, sino por todo lo que deja adivinar, y que constituye un retrato fiel y detallado de una figura aislada, que pinta involuntariamente una época.

En Campenon, el hombre de letras refleja al hombre; su talento fué el espejo de su alma.

Amó, soñó y escribió.

Pasó la juventud soñando y la vejez pensando. Así es que á todos los que nos pregunten si fué grande, si fué ilustre, les contestaremos que fué bueno y dichoso.

Uno de los caracteres del talento de Campenon es la presencia de la mujer en todas sus obras.

En 1810 escribió en una carta dirigi-

da á Legouvé, autor del *Mérito de las mujeres*, estas notables palabras: "¿Cuándo los literatos comprenderán el partido que pueden sacar en sus obras de las cualidades y gracias infinitas de la mujer, que en la tierra soporta tantas desgracias y goza tan pocas venturas? Sería honroso para nosotros, literatos y filósofos, procurar despertar en nuestras obras el interés en favor de las mujeres, desheredadas por los hombres, confesémoslo, en esta sociedad que hemos creado más para nosotros que para ellas. Habeis dedicado á las mujeres todo un poema; yo las dedicaría gustoso toda mi poesía."

En estas cortas líneas se encuentra como un rayo de luz de su naturaleza, tierna, compasiva y afectuosa.

Todas sus composiciones, en efecto, están, por decirlo así, dulcemente animadas por una figura de mujer, bella y luminosa, que se inclina como una musa sobre la frente triste y dolorosa del poeta.

Es la Eleonora de su poema el *Tasso*, desgraciadamente sin concluir; es, en sus elegías, la joven doncella enferma, la judía de Cambray; es en otras partes María Stuard, la señorita de la Valliere ó madame Sevigné, á la que dice:

*Toi qui fus mere et ne fus pas anteur.*

En la parábola del *Hijo pródigo* se encuentra la intervención de la madre, que le habeis reprochado justamente, porque es un anacronismo de un corazón bueno é irreflexivo aparecer cristiano y moderno, cuando debiera ser judío y antiguo, y ser indulgente cuando debia ser severo; es una falta que no carece de encanto.

Confieso que no puedo leer sin enterrecimiento los deseos cariñosos de Campenon en favor de la mujer, que *soporta en la tierra tantas desdichas y goza tan pocas venturas*; repito sus mismas palabras.

Este llamamiento á los escritores sale de lo más profundo de su alma y lo repite en distinta forma en todas sus obras; cada vez que se encuentra este sentimiento, complace y emociona, pues nada satisface tanto como hallar en un libro dulces y justas aspiraciones.

¡Quiera Dios que escuchen su voz y que atiendan á su llamamiento! Que el poeta y el pensador no se cansen de presentar la santa y venerable figura de la mujer ante las muchedumbres, tan propensas á la ironía y tan predisuestas á la inconstancia! ¡Que no se cansen de pre-

sentar á la pura y noble compañera del hombre, tan fuerte algunas veces, tan débil con frecuencia, siempre resignada, casi igual al hombre por el pensamiento, superior á él por todos los instintos misteriosos del sentimiento y de la ternura; que carece de la facultad viril de crear, pero que sabe amar mejor que el hombre, porque si posee inteligencia menor que la de éste, le supera en corazon.

Los espíritus ligeros la calumnian y la flagelan sin compasion. El espíritu vulgar es aun pagano en todo lo que la concierne, hasta en el culto grosero que la tributa.

Las leyes sociales son rudas para ella. Cuando es pobre, está condenada al trabajo; si es rica, á las contrariedades. Las preocupaciones, hasta en lo que tienen de bueno y útil, pesan sobre ella con más dureza que sobre el hombre.

Su corazon mismo, elevado y sublime, no es siempre para ella un consuelo y un refugio. Como ama más, sufre más, y no parece sino que Dios haya querido darla todos los martirios en el mundo, sin duda porque le reserva en otra parte todas las coronas. Pero aun así representa gran papel en el conjunto de hechos providenciales, de los que resulta el mejoramiento continuo del género humano.

Encuétrasela siempre dispuesta á desenvolverse, segun las ocasiones, ó la gracia que nos encanta, ó la perfeccion que nos aconseja; acepta todas las desgracias, siendo más dulce á medida que es más desgraciada, y santificándose, en fin, en todas las edades de su vida, en su juventud por la inocencia, siendo esposa por el deber, siendo madre por el cariño.

Campeón formaba parte de la Universidad, y la Academia, para reemplazarle, ha buscado lo que ésta podía ofrecerle de más distinguido, y os ha elegido, señor Girardin.

Vuestros trabajos literarios sobre Alemania, vuestras investigaciones sobre el estado de la instruccion de aquel gran pais, son la más alta recomendacion para los sufragios de la Academia.

Ya por un *Cuadro de la literatura francesa en el siglo XVI*, lleno de notas ingeniosas, ó ya por el notable *Elogio de Bossuet*, modelo de estilo vigoroso, habeis merecido ser coronado por la Academia. Esta os ha tenido siempre como á uno de sus laureados más brillantes, y hoy os admite entre sus jueces.

Vuestra nueva posicion conseguirá que el horizonte de vuestro porvenir se ensan-

che. Abarcareis de una mirada vastos espacios, pues los espíritus como el vuestro se fortifican elevándose. A medida que el punto de vista se eleva, el pensamiento se remonta. Nuevas perspectivas es posible que os sorprendan; esta es una region serena.

Al ingresar en esta sociedad secular, que tantos grandes hombres han honrado, produciendo en ella mucha gloria y por lo mismo mucha calma, cada uno depones sus pasiones personales y toma la pasion de todos: la verdad.

Os doy la bienvenida.

No encontrareis aquí el eco de las controversias, que conmueven los espíritus y cuyo ruido no llega hasta nosotros.

Los miembros de esta Academia habitan en la esfera de las ideas puras. Séame permitido hacerles esta justicia, á mí, que soy uno de los últimos por el mérito y por la edad.

Aquí se desconocen los sentimientos que pueden turbar la paz inalterable del pensamiento. Pronto conoceréis á sus miembros, pues al tomar parte en sus sesiones se os presentarán como son, afectuosos, amables, tranquilos y dedicados todos á los mismos trabajos y con los mismos gustos; honrando á los literatos, cultivando las letras, unos recordando el pasado, otros teniendo fé en el porvenir; unos cuidadosos de la pureza de la forma y del estilo, de la correccion, prefiriendo Racine á Boileau y á Fenelon; otros preocupados con la filosofía y la historia, hojeando á Descartes, á Pascal, á Bossuet y á Voltaire; los de más allá partidarios de otras bellezas, que admiran la Biblia, Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare y Molière; todos de acuerdo, aunque con inclinaciones diversas; poniendo todos en comun y fraternalmente sus opiniones, buscando la perfeccion y admirando la grandeza; viviendo, en fin, como hermanos más que como compañeros, en el estudio de los libros y de la naturaleza, en la religion de lo bello y de lo ideal y en la contemplacion de los maestros eternos.

Esto será para vos, no lo dudeis, una enseñanza secreta que aprovechará para divulgarla luego, y mucho más con vuestra inteligencia tan cultivada, con vuestra palabra tan viva, variada, espiritual y justamente aplaudida; podreis nutrirnos y fortificar vuestro espíritu con el trato de estos miembros tan elevados y tranquilos, y en particular de esos nobles ancianos, nuestros antiguos maestros, que poseen á la vez autoridad y

dulzura, gravedad y gracia, conocen la verdad y desean el bien.

Aportareis á las deliberaciones de la Academia luz, erudicion, espíritu ingenioso, rara memoria y lenguaje elegante, que nosotros recibiremos y os devolveremos en cámbio. Felicitaos de los nuevos brios que adquirireis con el trato de estos venerables compañeros para mejor desempeñar la delicada y difícil mision que todos perseguimos.

Nada más eficaz y elevado que una enseñanza recíproca literaria basada en el espíritu imparcial y simpático como el que anima á todos los que constituyen esta Academia. Nada más útil que la enseñanza literaria, docta, desinteresada y digna de un gran cuerpo como el Instituto y de un gran pueblo como Francia, objeto de estudio para las inteligencias jóvenes y de meditacion para los talentos maduros.

No es insignificante funcion llevar el peso de la gran enseñanza pública en esta memorable é ilustre época, en la que, por todas partes, el espíritu humano se renueva y desenvuelve.

A una generacion de soldados, este siglo ha visto suceder una generacion de escritores; empezó por las victorias de la espada y ha continuado con las victorias del pensamiento: ¡sublime espectáculo!

En absoluto y juzgando bajo un punto de vista elevado, el inmenso trabajo que se elabora por todas partes, admitiendo todas las criticas y hasta todas las restricciones, en nuestros tiempos, todo lo que existe en el fondo de las inteligencias es bueno. Todos cumplen un trabajo y un deber, tanto el industrial como el literato, lo mismo el periodista que el tribuno: todos, desde el humilde obrero, benévolo y laborioso, que se levanta con el dia, en su oscuro taller, que acepta la sociedad y que la sirve, ocupando en ella sus últimos puestos, hasta el rey, sábio coronado, que desde lo alto de su trono esparce sobre todas las naciones las graves y santas palabras de la concordia universal.

En una época tan seria son necesarios sábios consejos. Aunque parezca temerario emprender semejante tarea, permitidme, señor, á mí, que no he tenido jamás la dicha de pertenecer al número de vuestros oyentes, de representarme tal como debe ser, tal como es sin duda y de intentar ante vos como yo comprendo, al menos en su punto de partida, esta alta enseñanza del Estado,

siempre que la reciba como leccion la multitud estudiosa y las jóvenes generaciones, y que merezca alguna vez el insigne honor de que la acepten como advertencia el erudito, el sábio, el publicista, los hombres eminentes y solitarios que dominan toda una época, apoyados á la vez sobre la idea en que Dios desenvuelve su siglo y sobre la idea en que Dios ha fundido su espíritu.

Literatos, sois la flor de las generaciones; la inteligencia de las multitudes resumidas en algunos hombres; la cabeza de la nacion. Sois los instrumentos vivos, los jefes visibles de un poder espiritual invencible y libre: para no olvidar jamás vuestra responsabilidad, no olvidéis nunca cuál es vuestra influencia. Mirad vuestros antepasados y sus hechos, porque vosotros habeis tenido por abuelos á todos los géneos que, desde hace tres mil años, han guiado ó extraviado, han ilustrado ó han confundido al género humano.

Lo que se deduce de todos sus trabajos, lo que resulta de todas sus empresas, lo que surge de todas sus obras, es la idea de su poder.

Homero ha hecho más que Aquiles crando á Alejandro; Virgilio calmó la Italia despues de las guerras civiles; Dante la agitó; Lucano era la pesadilla de Neron; Tácito ha hecho de Caprea la picota de Tiberio.

En la Edad Media, despues de Jesucristo, Aristóteles daba la ley á las inteligencias.

Cervantes destruyó la caballería; Molière ha corregido la nobleza con la burguesía y la burguesía con la nobleza; Corneille ha vertido el espíritu romano en el espíritu francés; Racine, á pesar de morir de una mirada de Luis XIV, concedió á éste menos importancia que al teatro; preguntaron á Federico el Grande á qué rey de Europa temia, y él contestó: *Al rey Voltaire*.

Los literatos del siglo diez y ocho, con Voltaire á la cabeza, abrieron brecha y derrumbaron la antigua sociedad; los literatos del siglo diez y nueve pueden consolidar ó conmover la actual.

El primero de todos los libros y de todos los códigos, la Biblia, es un poema.

En todas partes y siempre, las grandes fuerzas que se llaman pensadores y poetas se encuentran en la vida universal, y por decirlo así, en el ambiente que respira la humanidad.

El pensamiento es un soplo, pero un soplo que conmueve un mundo; que se